

## Un viaje muy humano

Por: Catalina Torres Trejos

Sin saber con claridad lo que esperaban de mí, llegue allá, al Centro Javeriano de Formación Deportiva, con expectativas altas y escucha atenta para poder hacer el mejor trabajo posible. Vi que tomaban lista y las personas hablaban sobre sus experiencias previas como cronistas, ¡qué fortuna!, yo nunca había hecho esto, por lo menos de manera consciente. Nos dieron algunas orientaciones, un contexto y unas frases de motivación, para con esos insumos ir pasando al círculo de conversación al que fui asignada.

¿Mi equipo? Ángel, aunque ese no es su nombre así fue como la guardé en mi cajita de recuerdos. Ella, la responsable de provocar la reflexión y la conversación; yo, la encargada de captar las ideas de quienes habitamos ese círculo, pero no con el ánimo únicamente de registrar lo que pasó allí, sino con el deber de contar la historia, de narrar lo que allí pasó y lo que allí se dijo. Entonces ahí estábamos Ángel y yo, con nuestra escarapela fucsia al cuello, con el cronómetro pidiendo dar inicio, con el esfero advirtiéndole a la hoja lo que se venía y con el *medio* expectante a lo que iba a suceder.

Ángel, fiel a las instrucciones que recibió, dio inicio a la conversación. Una invitación a guardar los celulares. Una presentación para romper el hielo. Una orientación a escribir lo que resuena en el corazón. Dos preguntas para orientar la reflexión. Yo, fiel a las dudas que me embargaban, inicié esta crónica. Tres hojas que me acababan de regalar. Un celular grabando una conversación tan fuerte como el ruido exterior. Un esfero que se acabó en la primera hoja. Así empezamos. ¿Quién o qué ha sido significativo en tu vivencia del medio universitario?, ¿qué desafíos encuentras como oportunidades para construir el medio querido? Nuestro grupo, muy variado, comenzó a leer, algunos escribían, otros subrayaban y algunos otros miraban hacia la ventana, tal vez recordando y navegando por el mar de palabras y reflexiones que ofrecía la lectura. En ese mar, iniciamos nuestro viaje.

La travesía por esas aguas nos llevó a distintas estaciones. Una nos dejaba ver que el medio no es el medio, sino es todo, porque la disciplina se aprende en cualquier lado. Por eso es que nosotros somos distintos, y eso es reconfortante. En esta primera estación, una viajera animada con la lectura, invitó a unirse a nuestra barca a fieles representantes del espíritu del medio universitario, por considerarlos iluminadores de conciencias y ejemplo de coherencia con los valores ignacianos. Por supuesto que el Padre Castellanos, Esteban Ocampo y el Padre De Roux aceptaron la invitación. Ella se dirigió a ellos y les dijo: ¡voy a donde quieran por ustedes! Con esa energía en el ambiente, recordamos el valor del encuentro con

los demás y la importancia de tener siempre a la persona y su cuidado en el centro de nuestro quehacer. Eso es lo distinto, esa es nuestra identidad, esa es la verdadera transformación, que siempre estamos invitados a ser muy humanos, independientemente de que conozcamos el medio o no.

En la siguiente estación, que parecía poco acogedora, pudimos ver que el medio no estaba presente en todos los rincones y miembros de la universidad. Allí entendimos que para recibir algo, debemos estar en disposición de recibirlo, pero además, reflexionamos sobre ¿cómo abordamos a los más tímidos?, ¿a los que les cuesta expresarse?, ¿a los que están distanciados del epicentro de donde suceden la mayoría de las cosas?, ¿a los que perdieron la confianza en la universidad porque consideran que alguna vez esta les dio la espalda? Por esto, identificamos que hay un desafío muy grande en llegar a más personas, esperando que se dejen interpelar por todas las posibilidades que brinda el medio. Un medio que, en palabras de una viajera, es un organismo vivo, el cual tiene cosas que debemos conservar y otras que debemos reinventar.

Con esa incertidumbre, llegamos a la tercera estación, tenía un letrero grande: “Salud mental”, allí entendimos que las acciones que se hacen por el cuidado de las personas son indispensables y, tal vez por los tiempos actuales, son cada vez más necesarias y requieren una mayor atención por parte de la universidad. Sin embargo, acordamos que este tema también debe contemplar la autonomía del cuidado, ¿cómo nos estamos cuidando a nosotros mismos y cómo estamos siendo veedores del cuidado de los demás? Todos debemos ser ejemplo de cuidado.

Después de la tercera estación, hubo un largo y silencioso recorrido de navegación en los pensamientos propios y en las palabras de los demás. Era como un ejercicio de poner en orden las ideas, de volver sobre las experiencias del resto de la tripulación. Este silencio nervioso, además de afianzar la importancia de resaltar la humanidad de cada persona, llevó a la gratitud por esta pausa para pensar, para parar, para bajar el ritmo y para detenernos en todo eso que tenemos como universidad y en todo lo que sabiamente se ha dejado en el pasado.

En contraste con la segunda parada, llegamos a un lugar muy alegre, que nos puso sobre la mesa la identidad javeriana, “es como un virus, a uno se le prende y quiere estar ayudando a todo el mundo, qué bueno, ¡contagiémonos todos y que no haya remedio!” Y sí, finalmente, nunca dejamos de tener en nosotros la sangre de Javier.

Cercanos a finalizar el viaje, concluimos que estas conversaciones son una invitación a conocer y promover el medio, pero también a ayudar cuando en nuestras manos esté y a procurar la creación de redes de apoyo. Entre todos podemos guiar a las personas cuando lo necesiten, el medio es más que la vicerrectoría, el medio somos nosotros y las redes que construimos, con las que

compartimos nuestro sentir, en las que nos sentimos cómodos y en un ambiente de confianza. Estas redes deben llegar a todos los miembros de la universidad para que sepan que no están solos. Para lograr eso, debemos mantenernos fieles a lo que somos, a lo que nos caracteriza, a nuestros principios y nuestra calidez humana. También debemos fortalecer los diálogos intergeneracionales, tener una comunidad más diversa, en la que todos quepamos, todos seamos bienvenidos y todos tengamos claro que si una puerta se cierra, vendrán compañeros a abrir muchas otras. Nadie debería sentir que el medio no lo cobija.

Cuando estábamos amarrando la barca a la orilla y disponiéndonos para bajar de ella, un tripulante, tal vez inspirado por la conversación que acabábamos de tener, pidió la palabra y comentó que, aún en el contexto de cuidado que la universidad procura, ha habido momentos en los que no ha actuado según el modo de proceder que nos caracteriza, que ha cometido errores y que el espacio lo invitaba a reflexionar y, sobre todo, a disculparse, a mirar a quienes han sido testigos de esos errores y a extenderles unas sinceras disculpas.

Yo, como cronista, terminé el viaje con el corazón más alegre y la mano más agotada, también con la conciencia de que mi encargo es mucho más importante de lo que había pensado inicialmente, porque el espacio más allá de recoger las ideas de todos, permite apreciar la humanidad de los tripulantes, desde todos los puntos de vista abordados se expone su humanidad, con las implicaciones que eso tiene. Muestra de lo anterior es el inicio del viaje: extraño, algo incómodo y muy nervioso; pero también el cierre del mismo, porque no hay nada más humano que errar y nada más bello que reconocerlo y disculparse. Un viaje muy humano, cada vez más, como el medio universitario querido.

Fin.